

por escrito, votaron que debía desampararse Villa Real, y salir por mar, costeano hacia el sur, hasta dar con la primera población ocupada por españoles; que, una vez allí, pidiesen al gobernador de Honduras auxilio de gente, armas y caballos para continuar la guerra contra los mayas; y que se despachasen mensajeros, por mar ó por tierra, comunicando á Montejo la situación en que se encontraban, á fin de que él también enviase socorros é instrucciones sobre el plan que había de seguirse en la nueva campaña.

Oido el voto del ayuntamiento, Dávila determinó salirse por mar, sin demora, de Villa Real. Mandó preparar treinta y dos canoas, amarrándolas de par en par con cuerdas y bejucos: cargólas de víveres, embarcó toda su gente, y levantó el campo una noche, con todo sigilo y cautela para no ser perseguido. Los mayas debían de tener sus espías que atisbasen los movimientos de los españoles, pues á poco de haberse dado éstos á la vela, toda la costa y el interior de la tierra se pobló de hogueras que con sus fulgores alumbraban aquella tristísima retirada: los árboles circunvecinos aparecían como con los reflejos de un incendio: eran los avisos que se daban los indios de Guaymil para anunciar la fuga de los extranjeros, y el somatén que tocaban para levantar á cuantos guerreros se pudiese para que corriesen en persecución de los fugitivos y les diesen el golpe de gracia.

Así fué: de varios puntos de la costa se desprendieron piraguas de indios guerreros que fueron en pos de los españoles, siguiéndolos á corta distancia hasta el día siguiente en la tarde. Ambos

contendientes se miraron con respeto y se guardaron de hostilizarse.

A la mañana, con el terral que sopló, las canoas se engolfaron hasta perder de vista la tierra; pero á la tarde la brisa empezó á soplar, volvieron á reconocer la costa, y así en los días consecutivos, engolfándose de día y costeano por la noche, continuaron su viaje hasta que salieron de la bahía de Chetemal y penetraron en el mar de las Antillas. Cuando hallaban la costa solitaria, desembarcaban en alguna playa seca y salubre, lo cual era raro, porque lo más de la costa estaba sembrado de ciénagas y esteros profundos y extensos. Otras veces desembarcaban cerca de la embocadura de algún río, sacaban los caballos y descansaban allí algún tiempo. Se mantenían con maíz, frutos de palmeras, cangrejos, y con el peje que pescaban en la mar. En esta navegación les fué de mucho provecho una planta textil llamada henequén, de la cual habían aprendido de los mayas á sacar una fibra resistente, propia para hacer cabuyas. La utilizaban mucho en fabricar redes: en la costa encontraban un gran número de estas plantas, las cortaban, colocaban cada penca sobre un tronco de tres piés de elevación, y peinándola luego con un madero terminado en corva ó arqueadura, separaban la pulpa, y aislaban la fibra, que, seca luego al sol, quedaba lista para toda clase de cabuyería.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «Ay otra suerte de arbol que los indios llaman *qui*, y los españoles *maguey*, bocablo ysleño, este arbol echa unas pencas como de cardo de una braça de largo más y menos, y la punta es una pua muy tiesa, deste arbol ay gran aprovechamiento para yndios y españoles porque sirve en lugar de cáñamo, porque de las pencas que tiene se saca el hilo raspandolas con un pa-

El maíz que llevaban llegó á consumirse, y fué preciso arbitrar medios de hacer nueva provisión de él. Estaban frente á la embocadura de un río: anclaron las canoas, y, desatadas dos de ellas, se ordenó que una subiese al río hasta topar con algún pueblo de indios donde pudiese hacerse algún botín de provisiones. La canoa volvió cargada de maíz, y también trajo algunos prisioneros que les eran muy útiles para el trabajo de remar: los ponían á bogar, mas como los mayas no se acomodaban á la servidumbre y se arrojaban al mar con ánimo de alcanzar al nado la costa, de ordinario, para asegurarlos, les ponían cormas en los pies. El buen éxito obtenido en este asalto convirtió este medio de hacerse de provisiones y remeros en recurso común durante el viaje, y, siempre que empezaban á carecer de provisiones, desembarcaban é iban á asaltar alguno de los pueblos cercanos, que no eran escasos entonces en aquella costa, pues estaba bien poblada y lo estuvo en tiempos anteriores, y de ello son prueba patente las ruinas de edificios antiguos que todavía se conservan.

Un día, tocóle á D. Alonso de Luján salir en busca de provisiones. Habían desembarcado en la desembocadura de un río, y en sus riberas habían asentado el real, como de costumbre. Subió Don Alonso con seis canoas á lo largo del río, y después de bastantes fatigas estuvo frente á una aldea de numeroso caserío, en la cual esperaba hacer rico botín de bastimento. Por desgracia suya, en el ins-

lo y dél se hacen todas las cosas que del cáñamo, de la raíz deste arbol hazian los yndios el vino mezclado con miel y otras raises de arboles pero la rrais deste era la más principal.» *Relación de Don Martín de Palomar á S. M.*

tante de avistar la aldea, descargó una lluvia torrencial, y como la barranca era altísima y escarpada, le fué imposible saltar en tierra, por más que se empeñó en ello. Pensando estaba todavía qué partido tomar, cuando la lluvia se convirtió en tormenta desencadenada; el río empezó á crecer rápida y desmesuradamente; el viento arreció; las nubes se desgajaban del cielo convertidas en cortinas de agua, que velaban hasta los objetos más cercanos; la corriente, cada vez más impetuosa, arrollaba cuanto encontraba en su paso. A poco, el río traspasó el nivel de la barranca, las aguas inundaron la tierra, y la aldea quedó convertida en una laguna. Las canoas llevadas de un lado y otro, empujadas violentamente por el viento y las aguas, fueron á dar unas sobre las casas de la aldea; otras se atascaron en el fango; y no faltó alguna que quedó encaramada sobre árboles corpulentos del bosque. Los tripulantes y soldados, arrojados de á bordo como pelotas, alcanzaron á nado los árboles, y se treparon á ellos como monos para guarecerse y esperar que la procelosa tempestad se disipase. D. Alonso de Luján acertó á alcanzar un esquife, y metiéndose en él como pudo, en compañía de un muchacho indio, se dejó llevar de la corriente, con idea de salir á la desembocadura del río donde estaba el cuartel general. No tardó el esquife en volcarse, y en caer al agua los intrépidos tripulantes. Estos, sin embargo, serenos é imperturbables, se agarraron con ambas manos al esquife volcado y se dejaron arrastrar desoladamente hacia lo desconocido. Quiso la buena suerte que próximos ya á entrar en la mar, molidos y medio muer-

tos, fuesen distinguidos por los centinelas del real. Salió inmediatamente una canoa á socorrerlos, y merced á este auxilio eficaz, pudieron librarse de una muerte segura,

Don Alonso de Luján no se olvidaba un momento de sus soldados mientras se reponía de los quebrantos sufridos en su terrible lucha con las aguas, y así, al día siguiente, viendo el cielo sereno, nadie pudo impedirle ejecutar su determinación de ir en persona á socorrer, recoger y salvar á sus infelices soldados sorprendidos en la ribera por la violencia de las aguas, y de quienes no se sabía si eran vivos ó muertos. Fué con diez canoas, y encontró la aldea abandonada de sus moradores, y á sus soldados posesionados de ella, viviendo como en su propia casa. Los reunió á todos, puso á flote sus canoas, las cargó de maíz, frijoles, miel y camotes, y regresó á juntarse con Dávila.

Luego siguieron su navegación hacia el sur, sin otro incidente memorable, si no fué el de haberse encontrado á menudo con canoas mercantes cargadas de mantas, sal, copal y miel, que iban de Yucatán á Ulúa, y otras que cargadas de cacao volvían de Ulúa á Yucatán. A veces Dávila, viendo aquellas canoas mercantes tan andadoras y marineras las envidiaba para sí, y, pasando del deseo al hecho, les daba caza, las aprisionaba, y se trasladaba á ellas, pasando los indios y su carga á las suyas y dejándolos en libertad para continuar su camino, si bien con pérdida de sus embarcaciones más veleras, de las cuales se apropiaba sin más derecho que el de la fuerza.

Al ponerse los españoles á la altura del Golfo

Dulce estuvieron en riesgo de naufragar: la fuerza de la corriente los aventó á largo trecho en alta mar, con las canoas desvencijadas y haciendo agua. Un suceso imprevisto hubo de salvarlos: el viento reinante los arrojó hacia un promontorio donde hallaron buen abrigo y playa ancha y buena para desembarcar y descansar. De allí, continuaron hasta un río, adonde los convidó á bajar á tierra el aspecto del país, en extremo deleitoso por su frescura, feracidad y agrado. En efecto, saltaron á descansar, y no sólo pasaron el día, sino que decidieron dormir en tierra, fastidiados de los vaivenes marinos. Justo era que tomaran algún reposo; mas el gusto de tomarlo les hizo cometer una imprudencia que les costó bien cara, y causó la muerte de algunos infelices: dejaron las canoas sin gente de mar y únicamente al cuidado de los indios remeros, y éstos aprisionados en cormas para que no se escapasen: sopló en la noche el viento del norte y refrescó tan fuertemente que á las canoas faltaron sus anclas y se perdieron, y los indios remeros se ahogaron todos por no haber podido echarse á la mar.

A la mañana siguiente, ni rastro quedaba de las embarcaciones y fué preciso resignarse á continuar la peregrinación á pié. Dávila ordenó que los más enfermos é impedidos de andar montasen á caballo, y que los demás, incluso él mismo, fuesen á pié por la playa, con lo cual tenían la seguridad de no extraviarse y tocar algunos de los puertos de aquel litoral. Llegaron á Puerto Caballos, y allí, con grande satisfacción, pudieron orientarse, pues hasta aquel día habían ignorado á punto fijo el lugar en que se encontraban. Estaban ya en Hondu-

ras, y el término de su jornada no estaba distante.

Alentados por el estímulo de alcanzar el fin del viaje, siguieron adelante, y llegaron á las deliciosas márgenes del río de Ulúa, cubiertas de granjas, unas en frente de otras, de huertas y plantaciones de cacao. Entre los arenales de la playa, acertaron á ver, medio cubierta por el cascajo y la arena, una canoa grande: la consideraron buen hallazgo; la limpiaron y carenaron hasta ponerla en buen estado de navegar; metieron en ella veinticuatro hombres, y para probar fortuna se propusieron subir el río de Ulúa, quizá con el propósito de asaltar alguna de las granjas que tan risueñas se levantaban por una y otra ribera, y que con sus plantaciones pregonaban que sus habitantes debían estar bien provistos de bastimentos. Después de navegar tres leguas río arriba, empezaron á sufrir los ataques que desde las orillas les hacían con flechas los indios, decididos al parecer á impedirles todo desembarque. Semejante resistencia quitó todo ánimo á los españoles, pues no estaban para pelear, flacos, sin armas y extenuados de tantas privaciones y batallas: prefirieron retirarse, bajar el río, y volverse á donde sus compañeros estaban. La única provisión que hicieron fué de mameyes que pudieron cojer de una plantación abandonada en la orilla. Era tanta la necesidad por que estaban pasando con la carencia de víveres y la dificultad de proporcionárselos, que aun los huesos de los mameyes recogieron en gran cantidad para fabricar con ellos una especie de poleada que les sirviese de alimento.

Continuando su camino, parte de los soldados

se embarcó en la canoa, que iba costeano, y parte iba por tierra á pié. En esta forma llegaron á Trujillo á mediados de Marzo de 1533.

Gobernaba allí á la sazón el contador Andrés de Cerezeda, por muerte del gobernador Diego Albites.

Apenas descansados del viaje, se presentaron Dávila, los alcaldes y regidores de Villa Real ante Cerezeda y el tesorero Juan Roano, y, por memorial escrito y presentado ante escribano, solicitaron se les permitiese proveerse de gente, armas y caballos en la ciudad, y que se les diese toda clase de auxilios para volver á la conquista de Yucatán, no sin antes hacer una narración extensa de todas sus hazañas desde su salida de Campeche.

Cerezeda proveyó á la petición, negándose á dar todo socorro de gente ó armas, á causa de la grande escasez que había de ellas para la defensa de la misma gobernación de Honduras; no obstante, les permitía comprar caballos, siempre que lo hiciesen con su propio dinero, pues tampoco estaba en disposición de proporcionarles del suyo, ó del erario, atendida la penuria en que se encontraba. Además, permitía que Dávila saliese cuando le pareciese, con toda su gente, á juntarse con Montejo, y para ello le proveyó de víveres suficientes, y aun le invitó á embarcarse en un navío que debía darse á la vela para las islas de Cuba y Santo Domingo.

Veinticinco días estuvo Dávila en Trujillo, y al cabo de ellos se embarcó con su gente en un navío que de Cuba había ido, y en él se trasladó á la villa de Salamanca de Campeche, adonde llegó en Junio de 1533, y encontró al adelantado Montejo,

con el cual conferenció, contándole todo lo sucedido en el viaje, é invitándole para poblar Puerto de Caballos y la tierra adyacente al Golfo Dulce.

## CAPITULO XII

Expedición del Adelantado Montejo y su hijo por la costa del Norte.—Desembarque en Ixil ó Chicxulub.—Correrías por el cacicazgo de Cehpech.—Residencia de tres meses en el distrito de Maxtunil.—Partida á Jilam.—Desembarque en Jilam.—Amistad con los caciques de Jilam y Yobaín.—El adelantado Montejo se dirige á Teoh.—Graciosa acogida del cacique de Teoh.—Manifiesta Montejo su propósito de fundar una población de españoles, y los Cheles le proponen, como lugar adecuado, el asiento de Chichen-Itzá.—El ejército se pone en movimiento para Chichen-Itzá, y antes de llegar es atacado por los Cupules.—Derrota de los Cupules.—Correrías por el Noreste hasta la provincia de Ekab.—Los españoles se establecen en Kantanenkín.—Son atacados por los de Ekab, y retroceden en busca de Chichen-Itzá.—Llegada á Chichen-Itzá.—Fundan una población con el nombre de Ciudad Real.—Alianza con los Xiues.—Repartimiento de los pueblos.—Muerte del Cacique Nacon Cupul.—Rebelión de los Cupules.—Sitio de Chichen-Itzá por los Cupules, Cochuahes y Ekabes.—Los sitiadores resuelven rendir á los españoles por hambre.—Salidas inútiles de los sitiados.—D. Francisco de Montejo, el mozo, reducido al último extremo, decide abandonar á Chichen-Itzá.—Estratagema del perro y de la campana.—Los españoles salen de Chichen, burlando la vigilancia de los sitiadores.—Caminan rumbo á la playa, y salen por las ciénagas de Buetzotz.—Vuelven á Teoh, donde el adelantado Montejo los esperaba con algunos compañeros.—Regreso á Jilam.—Se embarcan para Campeche.—El adelantado Montejo encarga á Dávila una exploración por el interior.—Los indios atacan á Campeche.—Grave riesgo que corrió el adelantado Montejo.—Se embarca para Veracruz y México.—Da cuenta á la Audiencia de sus operaciones.—Es repuesto en el gobierno de Tabasco.—Se le concede el gobierno de Chiapas y Honduras.—Envía á Gonzalo Nieto con dos navíos á Campeche.—Don Francisco de Montejo, el mozo, se encarga del gobierno de Tabasco.—Gonzalo Nieto desampara Campeche.—Ningún español queda en Yucatán.

Luego de haber salido Dávila para Cochuah y Uaymil, á mediados de 1531, partieron de Salamanca de Campeche, el Adelantado y su hijo D. Francisco de Montejo, el mozo, en un galeon y otros na-